



# La historia de Armandito

*Jesús Francisco Conde de Arriaga*

La historia de Armandito es sencilla de contar. No así mis ganas de contarla, ya que es mi amigo o lo fue alguna vez. Crecimos juntos en la treinta y dos. Fue hace muchos años cuando estuvimos, Armandito y yo, en esa secundaria, allá por Lindavista. La otra vez pasé por ahí y además de la escuela encontré la cantina que le gustaba a mi jefe. El trago siempre ha sido barato. No había manera de no entrar a echarme una a la salud de Armandito y de mi papá.

Desde la barra podía ver a la calle y vi a unos chavos con el suetercito rojo de la secundaria. Me acuerdo del suéter porque desde la bronca nos prohibieron andar con él en la calle. Mi papá me fue a sacar del MP y tuvo que soltar una lana. Me puso una chinga de aquellas y me habló del *tribilín* y de que no quería ir a visitarme los domingos; que prefería olvidarse de su hijo. Creo que ya tenía broncas con mi mamá en ese entonces. Y todo porque me ligué a una morra de la otra escuela. Se quisieron cobrar a lo chino y pues que no les sale. Se las partimos en cinco minutos aunque nos siguieron buscando como tres meses más, por eso no nos dejaban andar con el suéter.

En ese pleito no estuvo Armandito, porque él llegó después a la secundaria, creo que fue en segundo cuando sus papás se lo trajeron desde Hidalgo, bueno desde Xalito, que está en el Estado de México. Siempre me ha parecido chistoso que si sigues por la carretera, cambies de estado en menos de tres minutos. Ya sé que no es tan extraño porque Xalito tiene menos de mil habitantes. Así cómo va a ser parte de Hidalgo, tiene toda la pinta del Establo de México, todo gris y polvoso.

Todos los días, desde su jubilación, se levantaba a la misma hora: once treinta y cinco de la mañana. Con el desayuno de todos los días veía la calle ya desahogada y en movimiento. El tercer trago de la mañana se adivinaba en el vaso mientras encendía un delicado con filtro.

De la cabecera de su cama tomaba el periódico del día anterior y el libro que indudablemente encontraría a ciegas, el de las hojas que, estoicas, resistían los húmedos embates.

Ante sus ojos desfaban los anuncios de mujeres que se sugieren siempre jóvenes, morenas y lascivas. Aprendía de memoria el número de varias de ellas y se imaginaba en un teléfono público, con la voz baja, preguntando por el costo del servicio. Con la hoja de clasificados en su escritorio bajaba el pantalón de su pijama roja. El calzón, de algodón y de diseño terapéutico, se quedaba casi siempre en sus rodillas.

Después del quinto vaso de vodka y con la imagen de una mujer de senos prominentes llamada Samantha, comenzaba a leer algún soneto del libro por unos momentos olvidado.

Creo que es más grande el **cupa** que Xalito. La construyó el presidente Alemán y hasta su nombre: Centro Urbano Presidente Alemán. Ahí vivió mi papá. Ya sólo tenía alrededor de sí algunos discos de la Sonora Matancera y ejemplares viejísimos del *Ovaciones*. Armandito siempre se burlaba de mi gusto por la voz de Bienvenido Granda. Me decía que parecía viejito por mis gustos. Pues si era lo que escuchaba mi jefe en su casa, ¿cómo despegarme de eso? Cuando lo iba a visitar siempre me ponía sus discos. Nada más tenía cascos de caguama y botellas de Antillano tirados. Cuando lo encontré tirado, con los ojos semiabiertos, casi vomito del puro hedor. La casa era tan pequeña que bastaba poco para que cualquier tufo lo impregnara. Son casas extrañísimas. Están como por abajo. Sí, o sea que la casa está para abajo, como si la cocina se hubiera comido todo lo demás. Ahí vivió desde que lo corrió mi mamá. Siempre me decía que era mi culpa. Cuando llegaba hasta la madre le daba por pegarme. Desde entonces dije que nunca iba a tomar, pero ya ves.

Justo detrás de la puerta está una pequeña mesa de pino que se sostiene gracias al designio divino y a un trozo de cinta canela. De las cuatro sillas que se podrían adivinar por las dimensiones de la mesa, sólo una queda en



pie con ropa percutida sobre ella. Al lado de ella, se yergue una vitrina con imágenes de santos en los vidrios y sin ninguna vajilla que la adorne.

En el fregadero de la cocina no se encuentran trastes sucios. El óxido de las llaves indica la falta de agua. El refrigerador, al abrirlo, despide un aroma penetrante y acre. Sólo dos pedazos de carbón lo habitan. La humedad ha acogido todas las paredes de la casa, el color verde apenas es perceptible en algunos resquicios donde no se ha caído la pintura. Entre la cocina y el comedor, una escalera se muestra con la madera rota. Son doce escalones que resienten el peso y crujen. En donde debiera estar la sala, sólo quedan restos de botellas y vidrios desperdigados. La única habitación está en penumbras, una cortina sirve de pudorosa entrada y en la esquina, a los pies de un catre sin colchón, un bulto se asoma. El cuerpo tiene los ojos semiabiertos y un vaso desechable en la mano izquierda.

Ahora entiendo esa manía de mi papá de faltar a la casa hasta tres días seguidos. Cuando crecimos, Armandito y yo nos íbamos un día sí y otro también de briagos. Siempre andábamos de borrachera en borrachera hasta que mi vieja me la cantó: si no dejaba la botella, me iba a dejar. Me lo dijo después de la última que tuve, cuando me reventé los dientes de adelante. Estábamos mi vieja y yo en una fiesta y no me di cuenta de que me estaba apoyando en una maceta coja. Estaba esperando al mesero y quise poner todo mi brazo. La chingadera se ladeó y me fui de hocico contra ella. O al menos eso es lo que me dijo porque la verdad no me acuerdo de nada. Llevaba yo dos días en el agua. La noche antes me metí al *Mirog* con Armandito y no había viejas. Que dizque hubo operativo y nomás había una encuerada que se ponía la linternita del mesero en el culo. Antes estuvimos en no sé cuántos puteros. Empezamos bien temprano, como a las once de la mañana. Ya para la noche que llegamos a Eje Central ya estábamos bien jalados y de la nada que se me ocurre llevarle serenata a mi vieja. Me agarré a unos mariachis y me lancé a su casa. Pedí puras de las que le gustaban a mi jefe, que desde que lo corrió mi mamá ya ni cantaba ni bailaba. Nomás ponía discos. Cada que era su aniversario luctuoso, le decía a Armandito que nos fuéramos a poner hasta la madre, en su honor. Ya no hago eso, hace un mes que dejé de beber. El único que le siguió fue Armandito, y ahí sí que empieza su historia. 

